

LA APERTURA HUMANA ANTE LA CUESTIÓN DEL SENTIDO.

Realizado: Eugenio Molera

1.- LA RADICAL APERTURA HUMANA

la Encíclica *Fides et Ratio* concluirá recordando aquello que más urgente hoy es *llevar a los hombres a descubrir su capacidad de conocer la verdad y su anhelo de un sentido último y definitivo de la existencia*” [nº 102). De hecho, la búsqueda filosófica no nace inicialmente de la pregunta ¿quién es Dios?, sino más bien si llega a poder hablar de Dios lo hace partiendo de otras preguntas como son: ¿quién es el hombre?, ¿cuál es su origen, su destino y el sentido de su vida?

La afirmación patrística-medieval del *hombre capaz de Dios*, el adagio socrático del *conócete a ti mismo*, la fórmula escolástica *potencia obediencial*, nos hace caer en la cuenta de un dato fundamental en el hombre, que no es un ser cerrado en si mismo, sino que un ser que constantemente busca, pregunta, toma opciones y se cuestiona para no quedarse en las respuestas inmanentes o intramundanas, de ahí que su apertura sea una apertura a lo no conseguido, hacia lo absoluto, lo infinito, hacia lo último y lo trascendente.

El hombre, se da cuenta que todo lo que hace, tiene un fin, un significado, que va más allá de si mismo, es decir lo trasciende. Y busca descubrir el sentido de lo que hace. Esta actitud le hace tender a lo ilimitado o absoluto, dado que nada contingente puede dar sentido a su actuación. Es desde aquí donde el hombre puede abrirse y recibir la revelación, que dará respuesta y sentido a su quehacer humano.

La formulación explícita de la búsqueda de sentido tiene un desarrollo reciente ya que surgió después de la crisis de la metafísica a finales del siglo XIX. A partir de aquí, se comenzó a investigar sobre el sentido de la historia, a través de la búsqueda del significado de los esfuerzos y de los sufrimientos de los inocentes y desfavorecidos. El sentido se ha convertido en un término cada vez más dominante en la hermenéutica, la filosofía el lenguaje, la psicología, en la religión...

De hecho, la palabra sentido, surge en relación con la reflexión que Kant hace sobre el sujeto, como alternativa a finalidad, ordenación a una meta o fin, para otros pensadores significara el sentido del ser, el valor de la vida, o como plantea Blondel *¿Tiene la vida un sentido y el hombre un destino?*

Hay que tener presente que, si la palabra sentido se la relaciona con el “*hacia atrás*”, indica algo así como “razón de ser” y, a su vez, si se la relaciona con el “*hacia adelante*”, sugiere algo así como “*posible finalidad*”. Se trata de una percepción del sentido fruto de la razón vital (Ortega y Gasset)

A su vez, las reflexiones recientes sobre la religión constatan una evolución de la comprensión tomista que la concebía como “*orientación u ordenación del hombre a Dios, hacia la comprensión moderna de la religión que la ve como la existencia vivida partiendo de un fundamento de sentido absoluto*””. Ya el físico A. Einstein afirmaba: “*ser religioso es encontrar una respuesta a la pregunta sobre qué es el sentido de la vida*” (1950). De forma similar el filósofo L. Wittgenstein escribía: “*creer en Dios es verificar que la vida tiene un sentido*” (1960). A su vez, el conocido psiquiatra V.E. Frankl ha subrayado que “*la religión es la realización del deseo de encontrar un sentido último*”.

Por esto la reflexión teológico-fundamental reciente tiende a concebir la religión en clave antropoteológica. De esta forma, se entiende que se pueda decir, sintetizando los estudios más recientes, que el objeto de la religión es radicalmente y en última instancia el hombre y su sentido absoluto, entendiendo que al decir “radicalmente” y “en última instancia” se remite a su superación trascendente, en definitiva, teónoma, es decir, hacia Dios.

Aparece así que “tener sentido” es previo a “dar sentido”, puesto que “tener sentido” funda la posibilidad y la responsabilidad de “dar sentido”, ya que “no basta el meramente contemplativo *conócete a ti mismo*”: hay que añadir el *hazte a ti mismo en la autenticidad*”, en fidelidad a la llamada que nos pone radicalmente en cuestión... el hombre no podrá encontrar el sentido de su vida sino en un acto de toda la persona: acto indiviso de *conocimiento-decisión-acción*” En esta línea de propuesta no es extraño que la FR, de forma nueva en relación con anteriores documentos magisteriales, haga uso del concepto de “apertura”. Así, habla de “abrirse a la trascendencia” [n. 15]; de la filosofía que “*puede abrirse a la locura de la Cruz*” [n. 23]; de la búsqueda humana como “*movimiento*” y expresión “*del deseo universal del hombre*” [n. 24]; de los Padres antiguos que acogieron plenamente “*una razón abierta al absoluto*” [n.41]; y finalmente, que “*el empeño filosófico, como búsqueda de la verdad en el ámbito natural, permanece al menos implícitamente abierto a lo sobrenatural*” [n. 75]. Este concepto de “apertura” alude a una prioridad, al menos desde un punto de vista lógico, de la filosofía, ya que se recuerda el **axioma tomista** según el cual “*la fe presupone y perfecciona la razón*” [n. 43] y, a su vez, se afirma que la filosofía es “*una vía propedéutica de la fe*” [n. 671].

2-LA REALIDAD Y EXPERIENCIA DEL MAL: ¿PREGUNTA POR EL SENTIDO?

A partir del adagio de *conócete a ti mismo* el hombre se pregunta por el sentido último de la vida, la muerte, del futuro. Es obvio que la gran cuestión contra la que se debate la pregunta por el sentido es la experiencia del mal, ya sea físico, moral o de la misma condición humana, el mal sufrido injustamente, (inocentes, catástrofes naturales, terremotos, inundaciones,, guerras, violencias, opresiones, muy presentes como el escalofriante acontecimiento nazi de Auschwitz (1941-1945), evolucionó hacia un pesimismo existencial; especialmente a partir de la constatación de estos sufrimientos (Voltaire, Schopenhauer...) y, particularmente, del de los inocentes (Dostoievski, Camus...), experiencia que ha constituido unos de las bases del ateísmo moderno, y que con “*Auschwitz*” y todo lo que esta experiencia dramática ha representado, ha encontrado

motivos para un nuevo ateísmo, ya que no encuentra ninguna justificación filosófica adecuada. Ante estos acontecimientos se debe afrontar la famosa paradoja de Tomas de Aquino: quia malum est, Deus est, “porque *hay mal, Dios existe*”: CG II, q.71]. En efecto, Dios debe existir precisamente debido al mal del mundo, ya que el mal, en cuanto “mediado” por el bien, que es su opuesto, remite al origen de todo el bien. Por esto, en toda experiencia de falta parcial de sentido se esconde, en principio, la exigencia real de búsqueda de un sentido posible. Además, en un mundo imperfecto donde no existiera en mal, seria un mundo donde no existiría criaturas libres, y entonces el mundo seria menos perfecto que el actual, ya que en el somos libres del queer el mal, pero también el bien. Este argumento también es presentado por San Agustín. *Pues ¿qué otra cosa es el mal, sino la privación del bien? Del mismo modo que, en los cuerpos de los animales, el estar enfermos o heridos no es otra cosa que estar privados de la salud* -El mal, como carencia de bien, no en una entidad, no es una cosa, pero nos remite al origen del bien.

Por esto, es absurdo pensar que todo está privado de sentido: si fuese así, nada sería insensato, ya que el sentido no tendría ninguna norma y criterio, por esto santo Tomás concluía, en el texto citado, dice que “*la comprensión de una negación (el mal) está fundada siempre en una afirmación (el bien)*” y en otro pasaje apuntaba que “*nada es tan contingente que no tenga en sí un poco de necesidad*” [ST I, q.86 a.3. Por esto, la pregunta por el negativo del sentido del mal, así como de las mismas condiciones de la limitación humana, puede orientar también hacia una amplia apertura en la respuesta al “conócete a ti mismo”, replantear la pregunta radical por el sentido de la vida, ante los sufrimientos y dificultades de la vida. Por esto *el tema de la muerte puede llegar a ser para todo pensador una llamada a buscar dentro de si mismo, el sentido autentico de la propia existencia.*, ya que ante la muerte el enigma de la condición humana es sumo (GS 18) (FR 48)

Es aquí donde la reflexión debe dejar el paso a la teología de la historia y a su comprensión escatológica de su sentido último como don, ya que sólo remitiéndose a Jesucristo (“esperanza de la gloria”: Col 1,27), encuentra una plena justificación la esperanza para superar el sin-sentido. Y es que solo Jesucristo puede ser causa de nuestro fundamento de la esperanza, en las diversas ocasiones dolorosas que la propia existencia conlleva, y que a veces no tienen lógica ni explicación humana. Cristo no solo promete “*enjugar las lágrimas*”, sino que “*Hace nuevas todas las cosas*” y todas las cosas significan todo (1 Cor 15,28 *porque Dios ha puesto todo en sujeción bajo sus pies*”. Es este pensamiento escatológico —en cuanto no está encerrado en sí mismo—es el que puede generar energías de libertad y de servicio generoso en la historia humana. Precisamente la Fides et ratio en el párrafo dedicado explícitamente a la teología fundamental se refiere a esta cuestión del sentido y la relaciona con el fin último así: *la Revelación da pleno sentido (a las verdades buscadas por la razón), orientándolas hacia la riqueza del misterio revelado, en el cual, encuentran su fin último*” [FR 67].

La Fides et ratio relaciona la cuestión del sentido con la BÚSQUEDA DE LA VERDAD, que es el concepto más repetido en toda la Encíclica (más de 270 veces). Será precisamente tratando del “conócete a ti mismo” donde se articularán ambos conceptos

al reconocerla, al igual que en GS 16, como denominador “*del esfuerzo común que la humanidad lleva a cabo para conseguir la verdad*” [FR 2]. De ahí deriva el carácter de camino y de proceso que adquiere su búsqueda ya que la “*verdad alcanzada es sólo una etapa hacia aquella verdad total que se manifestará en la revelación última de Dios*” [FR 2]. Estamos aquí ante la argumentación de la verdad tan apreciada por san Agustín que es el Padre de la Iglesia más citado en este documento [cf. su famosísimo y ya citado: *nol; foras ire, in te ipsum redi: in interiore homine habitat veritas* “*Sal fuera, vuelve a ti mismo: la verdad habita en el hombre interior*” FR 15]. El uso de tal argumentación se sitúa en la línea de la “interioridad objetiva” y tiene cierto sabor de modernidad en cuanto favorece una búsqueda de Dios a partir del interior de la capacidad constitutiva del hombre al abrirse a la verdad. Máxima expresión de tal itinerario se da en el inicio mismo donde se afirma: “*Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo*” [FR introd.4), He aquí pues, en síntesis, la rica y actual significación del “conócete a ti mismo” como búsqueda de sentido para aproximarse mejor al hombre, oyente de la Revelación.

La Encíclica concluirá precisamente recordando aquello más urgente hoy es *llevar a los hombres a descubrir su capacidad de conocer la verdad y su anhelo de un sentido último y definitivo de la existencia*” [n° 102). De hecho, la búsqueda filosófica no nace inicialmente de la pregunta ¿quién es Dios?, sino más bien si llega a poder hablar de Dios lo hace partiendo de otras preguntas como son: ¿quién es el hombre?, ¿cuál es su origen, su destino y el sentido de su vida? Benedicto XVI, Porta Fidei, n.10, “*muchas personas buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva*”.

3.-ORIENTACION CRISTOLOGICA ANTE LOS GRANDES INTERROGANTES DE LA EXISTENCIA HUMANA, A PARTIR DE SUS TRES EXPERIENCIAS CENTRALES: EL AMOR, LA MUERTE Y EL FUTURO

¿Cuál es el camino de acceso a Jesucristo por parte de la persona humana? ¿Cuáles son los caminos posibles para una comprensión de Jesús, el Cristo? ¿De qué manera la existencia humana encuentra su plenitud insospechada en la fe cristiana? ¿Cuáles son las grandes preguntas que el hombre se hace en su búsqueda constante -a menudo más implícita que explícita— del sentido? Podemos decir que la existencia humana, vivida tanto personalmente como comunitariamente, encuentra tres experiencias claves que se articulan y sintetizan entre sí: la llamada al amor, la experiencia de la muerte y la llamada hacia el futuro. ¿Se trata de tres experiencias presentes en toda búsqueda global del sentido, en toda búsqueda humanizadora?!

K. Rahner plantea cuales son de hecho las tres experiencias que configuran la pregunta clave sobre el sentido global de la existencia humana: amor, muerte, futuro. Estas tres experiencias no son solo eventos aislados, sino que configuran la existencia del hombre y lo orientan hacia la búsqueda de un sentido último.

a) El amor como llamada y como compromiso

¿Quién no vive para amar? ¿Quién es el que no escucha la llamada a un amor concreto y eficaz hacia los otros? Ahora bien, amar es siempre un riesgo y una apuesta, ya que presupone poner la confianza radical en los otros. De hecho, el amor siempre se realiza con la esperanza, consciente o inconsciente, de que este riesgo y esta apuesta no está abocada necesariamente al fracaso. Pero ¿tiene sentido último este amor? ¿vale la pena, a pesar de todo, a pesar de que sea difícil poner confianza en las personas, en las instituciones y en las estructuras como mediaciones humanas comunitarias? ¿A pesar de las decepciones, de la opresión, cada vez más sutil, transnacional y globalizadora...?

b) La muerte como experiencia de contradicción, limitación y fracaso

¿Quién no experimenta la contradicción propia y de la sociedad donde vivimos? ¿Quién no experimenta el desánimo, el miedo, el vacío... ante el mal, y, especialmente, ante la experiencia de la muerte y su manifestación en el mundo? En efecto, ¿quién no se pregunta, explícita o implícitamente, por el sentido de la vida y, por tanto, en definitiva, por la muerte? De hecho, a partir de experiencias concretas de contradicción, entre lo que queremos y lo que hacemos, de fracaso de un proyecto personal, cultural, social, político, eclesial... de limitación colectiva... de egoísmo e insolidaridad... se puede apuntar hacia esta experiencia fundamental que es la misma vida; la contradicción entre lo que somos y lo que queremos ser, entre lo que vivimos y lo que anhelamos... ¡Así la totalidad del amor se ve amenazada radicalmente por las diversas experiencias de muerte—hasta la misma “muerte”! que se viven en la vida.

c) El futuro como llamada a la esperanza y a la confianza

¿Quién no siente el anhelo, la esperanza del futuro? ¿Quién no vive, a pesar de todo, en la esperanza de un futuro mejor? De hecho, el futuro se presenta ya sea como utopía que anuncia y denuncia, ya sea como ilusión que aliena, ayuda a vivir y a amar y a comprometerse. Con frecuencia decimos, “mientras hay vida hay esperanza”, y el cantante Lluís Llach, parafraseando el poema de Kavafis hizo famosa una expresión significativa de esta experiencia: “...” (lejos, siempre más lejos). En efecto, la espera en el triunfo definitivo de la historia o al menos de la propia existencia humana es algo presente, a pesar del cansancio y de la decepción. Por esto, el futuro se puede convertir en un nuevo nombre para significar lo trascendente como algo que nos sobrepasa, que se construye y al mismo tiempo nos viene dado.

Pero ¿de qué forma se configura este futuro, esta utopía? ¿Cómo se puede pensar razonablemente, si la vida acaba con la muerte? ¿Qué puntos de referencia tiene la historia humana que hacen posible mantener esta esperanza de un futuro de amor, de realización humana, de plenitud del sentido, de humanización plena y fraternal? En definitiva, quien se pregunta como poder amar al otro de forma radical y total sin que la propia muerte haga inútil este amor; quien se pregunta si la contradicción y la muerte, como su máximo exponente de esta, no son el fin, sino la plenitud que lleva al futuro absoluto y sin fin, se ha puesto en un camino de búsqueda total del sentido en el interior

del cual Jesús, el Cristo, puede ser dador de significado pleno. Y esta donación del sentido se ha de percibir a partir de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo como respuestas coherentes, sorprendentes y gratuitas, a estas tres grandes experiencias humanas que toda persona vive. Experiencias que no son marginales, sino que configuran lo que es todo hombre cuando afronta su radical condición humana.

4. SIGNIFICADO DE JESÚS, EL CRISTO

a) En Jesucristo el amor humano es revelador del amor Absoluto. En Jesucristo el amor humano ha encontrado su plenitud insospechada y gratuita. Él nos ha manifestado que, a pesar de todo, vale la pena amar de forma radical, absoluta, desinteresada, gratuita, ya que el amor humano es camino de acceso al amor de Dios (Mt 25, 31-46; 1 Jn 4, 20s; Jn 14, 7-10; Jn 1, 18). Jesús es el hombre que nos hace absolutamente legítimo el amor a El mismo y a los otros y que supera definitivamente todo amor haciéndolo revelador del amor absoluto, divino.

b) En Jesucristo la muerte revela que no hay ningún absoluto humano, sino Dios. En Jesucristo la muerte ha asumido su sentido más pleno. En ella encontramos la esperanza concreta de que este límite extremo de la existencia humana no es el triunfo de la nada sobre el hombre, sino que desemboca en el amor sorprendente y absoluto de Dios. Sólo en Jesucristo la historia humana ha experimentado la muerte como plenitud a partir de la resurrección. La síntesis de todas las contradicciones, la muerte, se convierte en crítica de todos los absolutos humanos.

(Le 12, 13-21; Fl 2, 6-11; Mt 27, 46), la liberación total y radical de la precariedad de la opresión, de la limitación y la contradicción humana para encontrar el único Absoluto, al único Futuro: Dios.

c) En Jesucristo la resurrección revela que la vida es promesa de futuro definitivo

En Jesucristo se ha revelado que la historia del mundo en su totalidad no puede fracasar, aunque el destino concreto de cada persona y el futuro absoluto sea el misterio permanente de Dios. La plenitud de Reino anunciado por Jesús es ya ahora realidad en promesa, esperanza profética de libertad nueva y definitiva (Ap 21, 1-18; Mt 20, 1-16; Mt 13, 24-30). Y esta promesa de futuro definitiva que ahora ya ha empezado a realizarse se dará en cada persona y en todos los hombres.

En definitiva, es así como podríamos expresar muy resumidamente los misterios de la Encarnación, la Muerte y la Resurrección, como tres dimensiones del único misterio: Jesús, el Cristo. Tres dimensiones de Jesucristo que pueden comprenderse como respuestas insospechadas y gratuitas a la triple pregunta sobre el “amor — la muerte — y el futuro” que toda persona es. De lo dicho podríamos formular la fe en Jesucristo de esta manera: la fe cristiana es la exigencia humana, vivida plenamente como llamada al 47207, como experiencia de contradicción muerte, como esperanza de futuro, realizada

plenamente gracias a la persona de Jesucristo, revelador del sentido último del amor, de la contradicción-muerte y del futuro definitivos, a través de su encarnación Jesús, hombre entre los hombres—, muerte liberador por la muerte— y resurrección creador de la vida plena para siempre—.

Es en esta perspectiva que podemos entender la afirmación conciliar citada de GS 22, que la Redemptor Hominis ha comentado extensamente al escribir: “*Cristo, Redentor del mundo, es Aquel que ha penetrado, de modo único e irrepetible, en el misterio del hombre y ha entrado en su corazón*” (n° 8), y por esto se puede afirmar que es “*el centro del cosmos y de la historia*” (n° 1) *sólo en el misterio del Verbo encarnado encuentra luz verdadera el misterio del hombre*” (GS 22), Jesucristo no es solo un modelo ético, sino el cumplimiento pleno de la búsqueda humana de sentido.

BIBLIOGRAFIA

Salvador Pié, “*Teología fundamental*, Págs... 65-95

Juan Pablo II, *Encíclica Fides et Ratio*” [n. 2 y 15]; [n. 23]; [n. 24]; [n°41]; [n. 75 [n. 43] [n° 102)

Pablo VI Constitución pastoral (1965), *Gaudium et Spes*, “*Sobre la Iglesia en el mundo actual*”, N. 10, 22

V.E. Frankl, “*El hombre en busca de sentido último*”, Ed. Paidós, Barcelona 2012